



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE ENERO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Violencia económica

DE LA CARGA A LA LIGEREZA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Subió las escaleras y se dirigió a la puerta del consultorio. No encontró a nadie sentado en las sillas de la sala de espera, pero la recepcionista tampoco estaba en su lugar. Momentos más tarde, ella salió de una puerta y se dirigió al gabinete en cuanto vio al paciente. Jaime le preguntó si había doctor. "Está atendiendo a alguien. Llene este formulario por lo pronto y tome asiento", le dijo la mujer entregándole una hoja encima de una tabla de apoyo con una pluma sostenida por el clip: Nombre completo, edad, enfermedades crónicas y alergias, todo lo que el médico necesitaba saber sobre el hombre antes de la consulta. Finalmente, plantó su firma sobre la línea correspondiente. Esperó diez minutos y del consultorio salió una mujer. "¿En dónde se paga?" "En la farmacia". Luego, la recepcionista le dijo a Jaime: "Sígame", y lo encaminó al consultorio. Ahí, el médico lo recibió y amablemente, extendiendo un brazo y con un ademán de la cabeza, le indicó dónde sentarse. "¿Dígame, en qué puedo servirle?" "Yo estoy bien, doctor. Vine por la salud de mi madre".

El médico se quedó perplejo y luego de unos segundos, preguntó: "¿Y en dónde está su madre?" "Le diagnosticaron cáncer de pulmón hace dos semanas. Está en casa. Pero no tenemos dinero para el medicamento, cada inyección cuesta veinte mil pesos y son doce al año. Yo apenas completo cinco mil al mes. Vine a preguntarle si me puede recomendar usted algún medicamento más barato que la pueda ayudar. Me dijeron que usted es una buena persona".

El médico se quedó en silencio unos momentos. "¿No tiene seguro social?" "No, señor". "¿A qué se dedica usted?" "Vendo elotes desgranados en la esquina de Eje 3 y Beistegui". El doctor respiró profundamente. "¿Y con quién vive su madre?" "Conmigo". El médico se quedó viendo el blanco profundo de las paredes del consultorio. Abrió la boca para ver si alguna idea entraba por ahí; luego apretó los labios y se le dibujó una sonrisa amarga. "Déjeme ver qué se me ocurre. Vuelva en una semana".

Jaime se levantó con una sonrisa entre los labios. Como si estuviera seguro de que habría una solución. Le agradeció profusamente al médico con un apretón de manos y se encaminó a cruzar la puerta. "Oiga", le dijo el médico, "¿Tiene los resultados de los exámenes que le realizaron a su madre?" Jaime asintió con la cabeza. "¿Me los puede traer para verlos, hoy mismo?" "Seguro, doctor". "Déjelos con la recepcionista y pase mañana por ellos para recuperarlos". "De acuerdo, doctor".

Jaime caminó por Beistegui apresuradamente. Pero a medida que avanzaba su paso, se le iba alentando. ¿Y si me estoy ilusionando sin razón, como otras veces? Cruzó la avenida donde solía vender sus elotes. Hizo memoria y el médico ni siquiera sugirió qué tipo de solución buscaría. Esa noche, llegó un poco más tarde de lo acostumbrado para abrir su puesto de venta. Bajo la oscuridad de las estrellas y la luz del alumbrado público, solo distinguía las sombras



titilantes en los callejones. Se sintió abandonado. ¿Qué había hecho mal en la vida? Y pensó en tantas cosas. Él, como su madre, comenzaba a ponerse viejo. Las ventas tampoco mejoraban, sino que de hecho los lunes se le venían abajo, con todo y la promoción de dos por uno que ofrecía al inicio de semana.

Los días transcurrieron cada vez con mayor lentitud. La madre de Jaime batallaba para levantarse de la cama y a Jaime le costaba más trabajo dejarla sola por las noches. Él le pedía ayuda a Dios, pero Dios no parecía responder. Hasta que se cumplió el plazo correspondiente de la semana. Jaime se levantó directo a la regadera, desayunó dos panes con mermelada y café, y se dirigió al consultorio médico.

Otra vez: el mismo procedimiento. Llenó la hoja de registro y tomó asiento. Había tres personas antes de su turno. Esperó una hora hasta que la recepcionista le dijo: "Ya le avisé al doctor que está usted aquí. Ahorita lo atiende. Y lo dejó en espera, pasando al consultorio al paciente que le seguía.

Quince minutos más tarde, el doctor recibió a Jaime. "Hablé con el gerente de la farmacia. Lo que podemos hacer es contratarlo a usted como guardia y así tendría Seguro Social y podría dar de alta a su madre como dependiente económico. Ella recibiría atención y medicamentos". El doctor hizo una pausa, para luego continuar: "Su horario de trabajo sería de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Ya sabrá usted si de aquí se va a atender su negocio de elotes".

A Jaime se le iluminó el rostro como farol que encandilara a una pareja de enamorados. La alegría le pintó las mejillas de un tinte rojo como de manzana carnosita. Trataba de agradecerle al médico, pero solo lograba balbucear unos ruidos como de ave que empieza a aprender a volar. Finalmente dijo: "Gracias", y regresó a su casa ligero

como águila que va planeando el vuelo.

DE LA NEGACIÓN A LA INFAMIA
OLGA DE LEÓN G.

La pequeña mujer se movía con cierto nerviosismo o celeridad auto provocada, daba una especie de órdenes o dictaminaba sobre los horarios, las filas y atenciones que se darían a los pacientes. Creo que trataba de imponerse anticipadamente a cualquiera que la contradijera o se opusiera a sus instrucciones. Pero, ¿quién podía oponersele!, si todos habían quedado dentro de su "Sí", incluso el jovencito que por su edad y caminar más rápido que nosotros, había quedado delante, aunque llegamos en el mismo minuto, y detrás nuestro, ya nadie había.

Acompañé a mi amor a que se sentara, yo haría la fila... Ingenuamente, le encargué al joven que estaba delante, me cuidara el lugar: "Con mucho gusto", me dijo. Así que me salí de la fila y me acerqué a hacer una pregunta a la señorita de la ventanilla... "Sí, fórmese en la fila, señora": muy bien, le contesté.

Entonces, como si la mujercita del uniforme rojo anaranjado, esperara lanzarse sobre mí cual zorra rabiosa, se me acercó y me dijo: Usted ya no puede ser atendida hoy. Llegó tarde. Fórmese. pero para que le den cita para otro día. ¡Tarde!, exclamé, si cuando hice la cita para la toma de sangre, me dijeron que no llegara después de las ocho y treinta de la mañana. Y aquí estoy... Se cerró la fila a las ocho y diez, usted llegó a las ocho y veinte.

En ese instante no recapacité en que el joven delante de mí había llegado al mismo tiempo; no sé si ocho con quince minutos, o los veinte que la "jefa" del Laboratorio me escupió al rostro. Me sentí desamparada, pequeña, indefensa... Y, además, ignoraba que ella era la "jefa".

Unas horas antes, al menos dos días completos o poco más, tenía de estar

sufriendo intensos dolores lumbares y de la espalda elevada al cielo y un solo pensamiento en mi mente: Dios mío, no me abandones... No puedo enfermarme, no ahora, quién cuidará de mi amor. Experimenté con los medicamentos que tenía y la experiencia de los años. Ni así, pude pararme para ir a mi cita médica, un día antes.

Durante tres días, estuve con la mirada elevada al cielo y un solo pensamiento en mi mente: Dios mío, no me abandones... No puedo enfermarme, no ahora, quién cuidará de mi amor. Experimenté con los medicamentos que tenía y la experiencia de los años. Ni así, pude pararme para ir a mi cita médica, un día antes.

La noche previa a la toma de sangre de mi esposo, casi estaba segura de que sería un calvario para mí ir. Pero no dejaría de hacerlo, decidí no manejar, iríamos en un taxi, con lo de la pensión federal lo pagaría.

Mas he aquí, que recién llegados al nosocomio, una mujercita enfurecida con la vida, con los que seguro creyó económicamente por encima de ella (mujer retrógrada, gente mediocre), se vengaba con nosotros por todos los que ella representaba y defendía... ¿a quiénes?, no sé, ¡qué voy a saber!

A mí, en este instante solo se me ocurre pensar: ¿cómo se me fue a ocurrir ponerme ese gorro que parece de mink. El gorro, definitivamente, fue el culpable... Y el abrigo, sí, siempre me preguntan que dónde lo compré y si me costó mucho... Yo me sonrío y pienso que no ven que solo es muy abrigador: ¡es una colcha! Pero, ¡qué le sucede a cierta gente! Tenemos que parecer pobres, ¿para ser respetables y respetados? ¡Yo lo soy!

Para concluir este embrollo inútil: A pesar de sus rotundas negativas a tomarle la muestra de sangre a mi amado compañero de vida, no obstante mis súplicas y explicaciones inútiles para oídos sordos a toda humanidad, conseguí, no obstante, hablar con quien tiene autoridad sobre ella. Y, claro sentido del Servicio Social y de salud, quien pidió en el Laboratorio que nos atendieran.

¡Ah!, pero la pequeña mujer, lo hizo a su manera: Nos tuvo esperando dos horas, mucho más de los diez minutos que según ella, habíamos llegado tarde. Y, según me contó después mi amado, lo atendió de muy mala gana, maltratándolo y dejando que la sangre le brotara a borbollones de dos piquetes (no sé por qué le hizo dos), yo no me di cuenta, porque respetuosamente me mantuve afuera del gabinete, hasta que una persona vino corriendo a decirles a las de la ventanilla que a un señor le estaba saliendo mucha sangre. El piso fue testigo de las más de doce o catorce gotas grandes de sangre... y el brazo y codo de él se tiñeron de rojo.

Que nunca nadie la trate a ella así, ni a su madre, padre e hijos, cuando los tenga. Es todo lo que le deseo. Y, de todo corazón, que nunca vuelva por la senda: "De la negación a la infamia".



J.D. Salinger

(Jerome David Salinger; Nueva York, 1919 - Cornish, New Hampshire, 2010) Escritor estadounidense. Empezó su carrera literaria en 1940, con la publicación en diversas revistas de su país de relatos y piezas teatrales, que había escrito durante una estancia en Europa. En 1942 se alistó en el ejército y participó en diversas acciones bélicas de la Segunda Guerra Mundial, entre ellas el desembarco de Normandía. Durante su época de combatiente inició la redacción de su obra más conocida, El guardián entre el centeno (1951), novela escrita desde el punto de vista de un adolescente enfrentado a la hipocresía del mundo adulto, y que contiene grandes dosis de ironía. La obra obtuvo un éxito espectacular y fue rápidamente traducida a diversos idiomas. Le siguieron algunos volúmenes de relatos (Fanny y Zooey, 1961; Levantad, carpinteros, la viga del tejado, 1963; Seymour: una introducción, 1963), escritos desde un buscado aislamiento en una granja, donde vivió junto con su esposa y sus hijos.

El año 1938 fue crucial: se matriculó en la Universidad de Columbia para asistir a los cursos sobre técnicas del cuento corto que impartía Whit Burnett. Unos meses después el propio Burnett publicaba el primer cuento suyo, The young folks, en la revista Story, publicación que también dio a conocer a figuras como Truman Capote, Norman Mailer y el dramaturgo Tennessee Williams. Salinger comenzó a ser conocido en 1948, gracias a algunos cuentos publicados fundamentalmente en el prestigioso The New Yorker y, tres años más tarde, como producto del resonante éxito de El guardián entre el centeno, tal vez una de las más bellas narraciones de iniciación que se hayan escrito nunca. Esta novela, cuyo protagonista es el legendario Holden Caulfield (especie de Huck Finn de la clase media americana) es la más importante por cuanto ha reflejado mejor que ninguna a la juventud americana y ha contribuido a modelarla.

Salinger escribió posteriormente una serie de relatos que reunió en un libro también muy elogiado, Nueve cuentos (1953), algunos de cuyos textos se consideran antológicos, como "Un día perfecto para el pez banana", donde el personaje central se mata por un exceso de felicidad, o "Para Esmé, con amor y escualidez". En ellos, el autor crea atmósferas extrañas, casi irreales y sin embargo enclavadas en la cotidianeidad norteamericana, con sus suicidas y sus personajes atormentados o trágicamente felices. Sus cuentos, a pesar de desarrollarse en un estilo terso y realista, producen la impresión de una escritura que se examina a sí misma, no en el sentido paródico o de metaficción, sino más bien como una conciencia colectiva que encarna en el narrador. Salinger, por otra parte, anticipa en ellos las nuevas maneras de contar que se manifestarían en las generaciones subsiguientes.

Además de los ya mencionados, escribió también algunos relatos más largos, de una extensión que oscila entre el cuento y la novela, que son otras tantas obras maestras de ambigüedad y extrañamiento, como Levantad, carpinteros, la viga del tejado (1963). A partir de este último año interrumpió su relación con los medios de comunicación, con lo cual dejó de conceder entrevistas y no hizo declaraciones de ningún tipo. En 1965, el semanario The New Yorker publicó su última narración, Hapworth 16, 1924, reeditada como volumen independiente en 1996.

ad pédem literae

Vale más un minuto de pie que una vida de rodillas

José Martí

Letras de buen humor

La sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz

Proverbio escocés

Guillermo Fadanelli

Bacha Posh

Han pasado muchos años desde entonces, pero la historia se repetía en las comidas familiares que se llevaban a cabo en mi casa, como aún suele suceder en los hogares comunes donde se cuentan siempre las mismas historias.

En apariencia, los integrantes de la familia se conocen tan a fondo que, con el propósito de hacer más amena la estancia en la mesa, recurren a mitos que se han tejido a lo largo del tiempo, como si todos ellos, los miembros de la familia interpretaran un papel dentro de una obra.

Después de mi nacimiento, siendo yo el hijo mayor, mis padres acordaron tener sólo una segunda cría más. El salario de mi padre era minúsculo y habitábamos, por ese entonces, departamentos pequeños que incluso los ratones desdeñaban mudándose a otras viviendas menos estrechas.

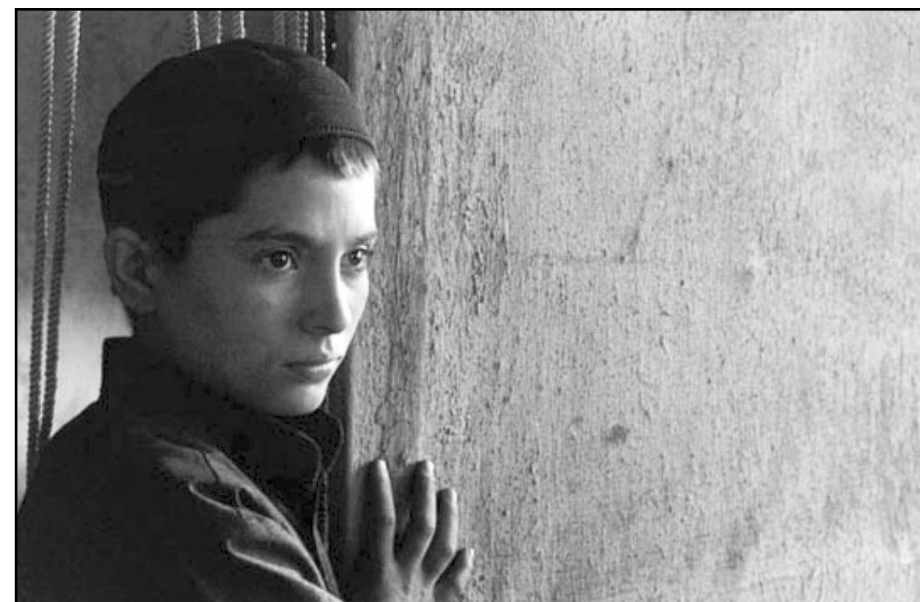
La cuestión es que mi madre deseaba parir a una hija, obsesión pertinente y normal, que no se había cumplido. Tuve un primer hermano varón, al que llamaron Orlando y cuya llegada al mundo fue una decepción, como dije, para mi madre.

Lo que hizo ella, en aquel entonces, resultaba algo cómico y patético. Cuando mi padre salía a trabajar, su esposa vestía a mi hermano, quien recién daba ya sus

primeros pasos en esta tierra, con un vestido que ella guardaba en un rincón del ropero, además de que en cuanto él se marchaba de casa ella se dedicaba a ensortijar el tenue cabello lacio de su hijo hasta formarle caireles o rulos. Yo, que en aquel entonces, apenas si cumplía cuatro o cinco años, le advertí a mi padre lo que su esposa hacía en su ausencia, quizás porque me apenaba ver a mi hermano convertido en travesti a sus escasos dos años (en esos tiempos todavía no se recluía a los niños en la escuela o prisión preventiva a tan temprana edad). Él, mi padre, entró en cólera, descubrió el vestido y prohibió que tocaran o retorricieran el cabello de su segundo hijo.

Finalmente, el acuerdo se modificó y dio lugar a la llegada de un tercer retoño, esta vez mujer, hecho que llevó a la tranquilidad a casa. Me avergüenzo de haber sido un soplón, pero hoy en día me congratulo de haber detenido aquella intransigencia.

Uno es lo que es y ninguna imposición temprana y subjetiva cambiará de la noche a la mañana su sexo. Ya el tiempo y la libertad harán lo suyo. Por otra parte, en mi casa reinaba la concordia y no había motivos para disfrazar a mi querido hermano como si los había, por ejemplo, en la novela del escritor marroquí-francés, Tahar



Ben Jelloun, "El niño de arena", cuya historia es la de una niña que es disfrazada de varón desde su infancia debido a la decepción del padre cuya mujer había dado a luz a siete niñas en un entorno musulmán.

Ahmed lleva su transformación dignamente y se convierte, al pasar el tiempo, en el sucesor de su padre, ocultando su secreto. Las bacha Posh (niñas que en Afganistán, Pakistán y otros países son transformadas a niños o criadas como varones durante su infancia con tal de que, al menos, posean algunos privilegios como salir a la calle o ir a la escuela), son una vergüenza para la ética que se persigue en

otras partes del mundo y en donde el agravio es mayúsculo e insostenible.

Al respecto conozco otra novela, más bien melosa debido a su ropaje de cuento de hadas, de la canadiense Deborah Ellis, "El pan de la guerra", que cuenta la historia de Parvana quien, luego de la llegada de los Talibanes al poder, abandona su aspecto femenino con tal de continuar saliendo a la calle y practicando a medias su vida anterior como niña libre y risueña.

He querido engarzar un personal relato familiar con una acción el (la) bacha posh, que va en contra de las aberrantes costumbres de una sociedad masculina y tirana.